



Las historias prohibidas de Dayu Matsumura

Parte II

Naru Ishida

Bajé del autobús y contemplé aquel lugar que ya me resultaba conocido. Había pasado un año desde mi fuga y nada parecía haber cambiado, al menos en apariencia. ¿Por qué volví? Simplemente porque no podía seguir engañándome, tampoco a Kyrian, que un buen día desapareció de mi lado. Quizás sea mejor así, no tenía un hogar y allí tenía alguna que otra cuenta pendiente. Por lo que un buen día decidí entregarme. ¿Sádico? ¿Loco? Puede ser, pero así era y así lo hice.

Mi nombre es Dayu Matsumura, tengo treinta y cinco años y cumplo condena, de nuevo, en la misma penitenciaría en la que había permanecido tras los asesinatos en Tokio y mi intento de fuga. Ahora soy el preso 1351976D, porque todos allí somos un número, pero yo era más conocido por el sobrenombre que me pusieron: el "Ángel de la muerte".

Tras pasé las diferentes verjas y compuertas esposado de manos y tobillos. Me dieron el mono gris con el numerito de rigor, un par de mudas, una toalla y sábanas. No me sorprendió la reacción de los presos al verme, la mayoría me conocía por todo lo acontecido hace un año. Uno de ellos incluso me silbó y le fulminé con la mirada, se calló al instante. Los cuchicheos hacían eco en mis oídos, pero yo no hice caso. Ahora era mucho más fuerte y como alguien se atreviese a tocarme, lo lamentaría.

Tras hacerme los análisis pertinentes y tomar una ducha, me atavié con aquel mono gris y salí al patio. Era la hora del "recreo". Pero no llegué a cruzar la puerta cuando alguien me detuvo el paso.

— Vaya, vaya... "la princesita" ha vuelto.

Ya empiezan a tocarme los cojones, pero al ver quién era le ofrecí una de mis elocuentes sonrisas. Le reconocí al instante. Aquellas cicatrices y gesto de "malfollado" eran inolvidables. El tipo sacó un cigarrillo de una cajetilla que guardaba doblada en la manga corta de su camiseta gris, la parte de arriba del mono la llevaba anudada a la cintura, descosida. No era algo extraño porque seguía siendo bastante fornido y probablemente había reventado las costuras de su indumentaria. Y que llevase puesto lo mismo que el resto solo significaba una cosa, que era también un preso.

— Kunimatsu Saito. ¿Por fin cumples condena por tus macabras torturas? Dime, ¿qué se siente que te den ahora por culo?

Sin previo aviso me cogió por el cuello con su enorme brazo y se acercó a mí.

— Ten cuidado con lo que dices, chaval.

Me soltó y se largó mientras seguía dando caladas a su cigarro. Mi objetivo estaba más cerca y accesible de lo que creí en un principio, por lo que aquella estancia en la cárcel comenzaba a resultar prometedora.

Dicen que la venganza es un plato que se sirve frío y así iba a ser. Tenía que ser meticuloso con cada detalle. Él estaba allí y primero tenía que estudiarle, nada de precipitarse, todo llegaría en su momento.

La cancha de baloncesto seguía ahí, nada había cambiado. Reconocía a la mayoría de presos y ellos enmudecían al verme, como si no pudiesen creer que hubiese vuelto. Me dirigí hacia algunos que estaban jugando y al verme, el que tenía el balón se paró en seco. Solo me bastó un ademán con la mano para que me pasase la pelota. Al tomarla entre mis manos, la hice botar dando unos pasos hacia atrás. Todos me observaban sin moverse, aún me respetaban por todo lo que hice. Respiré hondo y me dirigí corriendo hacia la canasta para realizar un mate espectacular.

— Vaya mate tío —me dijo un preso con cara de psicópata. — Este juega en nuestro equipo.

Le devolví el balón y miré hacia las gradas. Ahí estaba, fumando tranquilamente al lado del que serían sus matones, unos gemelos casi tan grandes como él, calvos y con cara de mala hostia. De esos hijos de puta también me iba a encargar. Llamé al preso psicópata chistándole.

— Oye, ¿qué me puedes decir de ese tipo? —le señalé con la mirada.

— ¿Te refieres al antiguo alcaide?

— Sí.

— Le apresaron al poco de fugarte, eres una leyenda Matsumura. Saito es el más peligroso de aquí, ahora controla todo tío, trafica con todo tipo de cosas y si quieres algo: tabaco, drogas, armas, lo que sea... tienes que convertirte en su mejor amigo. Pero es difícil tío, tiene acojonado a todo el personal y los guardias, los tiene a sueldo.

— ¿Por qué no me extraña? Vamos que es el “capo”, era algo que se veía venir y aunque esté preso la cárcel sigue siendo suya.

— Así es, así que ándate con ojo, todos ya sabemos lo que te hizo.

— Las noticias vuelan.

— Oye, ¿y que ha sido de tu mascota?

— ¿Te refieres a Kyrian? Es una larga historia que prefiero no contar. Sigamos jugando.

Tras unos minutos en los que conseguí dar la vuelta al partido, el balón se fue botando hacia las gradas, parando en los pies de Saito. Perfecto. Me acerqué a él con semblante serio para que me lo devolviese y enseguida uno de sus matones fue a cogerlo, pero Saito le detuvo, tiró el cigarrillo al suelo y se agachó para coger el balón. Nos quedamos un rato mirándonos, estaba claro que no le gustaba que estuviese ahí y no sabía que a partir de ahora, su vida iba a convertirse en un infierno.

— Uno contra uno —dijo. Y al decirlo todos se retiraron. Estaba claro quien mandaba. Sonreí, aquello podía ser divertido.

— ¿No estás un poco viejo para jugar? —le espeté.

— La princesita tiene la boca grande, veamos de lo que eres capaz.

Debo reconocer que el hijo de puta no lo hacía mal, le había subestimado y me costó un poco hacerme con el balón. Ambos encestábamos y la cosa estaba bastante igualada, y aquello me tocaba mucho los cojones. Así que finalmente empecé mi venganza antes de lo previsto. Utilicé mi poder justo antes de que Saito volviese a encestar. Este se dobló y se puso una mano en la tripa, dejando caer el balón. Antes de poder decir nada se largó corriendo al servicio seguido por sus matones. Tanto para Matsumura.

— ¿Qué le ocurre? —me preguntó mi amigo psicópata.

— Le ha debido de dar un apretón, la comida es realmente mala en la cárcel.

Aquello no fue más que una pequeña lección y aún no sabía que yo era el causante, pero ahora llegaba mi verdadero plan que no únicamente se iba a limitar a mis poderes. Iba joderle, pero a base de bien.

Era bastante bueno realizando averiguaciones y al cabo de pocos días obtuve lo que quería, su régimen de visitas. Sabía que él no era de los que se dejaba “encular” ni de los que lo hacían. Como el gran capo de la cárcel tenía privilegios con los que los demás presos no contaban: visitas, más concretamente una a la semana. Así conseguía dos cosas: follar y obtener lo que quisiera para el tráfico interno. Ese era su punto débil y aquellos dos suministros se los iba a cortar al igual que se cierra un grifo.

De este modo, un buen día, Saito pilló la gripe “por accidente” y me las ingenié para tomar su lugar. Escoltado por dos guardias, me personé en una de las

habitaciones especiales para visitas. Era mi hora de actuar. Cuando entré y cerraron la puerta tras de mí, vi a una rubia de esas imponentes que quitan el hipo. No se alegró mucho al verme ya que no era la visita que ella esperaba.

— ¿Quién eres tú? ¿Dónde está Saito? —me preguntó con cara de vinagre. Tenía tanto exceso de maquillaje en la cara que corrías el riesgo de quedarte pegado a ella.

— Me llamo Dayu Matsumura encanto y... tu novio no va a venir. Tiene una gripe de caballo, el pobre... creo que durmió con el culo al aire, tú ya me entiendes —le guiñé un ojo y ella puso gesto de asco.

— ¡Guardia! Quiero salir —soltó enfurecida mientras iba hacia la puerta. La corté el paso.

— ¿Sabías que “tu novio” se ha tirado a todas tus amigas y que anda metido en cosas muy muy feas?

— Mientes —respondió no muy convencida.

— ¿Eso crees, Akemi?

— ¿Cómo sabes mi nombre?

— Se muchas cosas de vosotros, créeme y ese tipo no te conviene... Te está puteando cariño, ahora mismo por ejemplo, a pesar de estar aquí, ha logrado cancelar todas tus cuentas. Me ha dicho textualmente que no quiere ser manipulado por ninguna zorra que se dedica a sacarle el dinero, que ya está harto de tener que aguantarte y que no te quiere volver a ver ni en pintura.

Ella dudó, ya que aunque no quería reconocerlo, sabía que tenía razón, pues siempre discutían por esos motivos.

— ¿Quieres pruebas? ¿Por qué no lo compruebas en tu móvil?

Con mala cara, así lo hizo, manipuló en el móvil sus cuentas del banco y por la cara que puso supe que había acertado. Hackear aquellas cuentas no había sido fácil pero nada se me escapaba.

— Pero qué demonios... ¿cómo ha podido hacerme esto?

— Sabes de sobra como es, ¿por qué crees que está encerrado? En fin, es una verdadera pena... —me acerqué a ella, olía a un perfume asqueroso que mareaba.

— ¿El qué es una pena?

— Que no seas mi tipo.

El guardia abrió la puerta mientras ella me miraba con gesto ceñudo, lo que la marcaba aún más esas arrugas que pretendía disimular con el maquillaje.

— No pienso venir más por aquí.

— Esa es la idea —terminé diciendo mientras se alejaba con uno de los guardias.

La primera parte del plan había sido un éxito. Ahora, venía la segunda.

Fui a la enfermería, donde aquel desgraciado llevaba ya tres días muy malito. Nos dejaron a solas por precaución, ya que su gripe podía contagiar al resto por lo que lo tenían bastante aislado. Por suerte, yo no puedo contagiarme de nada, privilegios de ser un ángel.

Allí estaba, tapado en la cama y sufriendo, era una visión maravillosa. No se alegró al verme y se puso a toser mientras intentaba incorporarse, realmente tenía mal aspecto.

— ¿Qué haces tú aquí?

— ¿Así recibes a las visitas? *Tsk, tsk...* —me senté a un lado de la cama y le planté delante un documento.

— ¿Qué es esto? —preguntó mientras tomaba la hoja entre sus manos. Madre mía, como estaba disfrutando, tuve que aguantarme las ganas de reír.

— Es un documento en el que se anula tu régimen de visitas.

— ¡¿Qué?!

Ahora tosió como loco y le di unos golpecitos en la espalda. Obviamente no podía creerlo y yo no pude evitar sonreír.

— ¿Pero cómo es posible? Esto... Un momento, ¿esto ha sido cosa tuya?

Di un par de palmadas.

—Bravo. Por fin te das cuenta. — Me acerqué a su cara hasta casi rozarle y le hablé en un susurro —Esto es lo que ocurre cuando se me putea, Saito. Aún no he olvidado todo lo que me hiciste pasar y quien la hace, la paga.

Me separé y en su demacrado rostro había un gesto de sorpresa, carraspeó un poco y luego se mostró serio.

— ¿Qué es lo que quieres, Matsumura?

Buena pregunta.

— ¿Qué es lo que quiero? Pues simplemente que te humilles ante mí, que me supliques perdón, Saito. Tú y tus matones.

— Yo no me humillo ante nadie, y menos ante un mocoso como tú.

— ¿A sí? ¿Crees de verdad que todo lo que has pasado en esta última semana ha sido obra de la madre naturaleza? —Levanté un dedo y señalé su abdomen, él se quejó de dolor. — Por si no lo recuerdas, soy un ángel, te mostré mis alas y mi poder. Puedo joderte todo lo que quieras, todo lo que haga falta hasta que pidas disculpas. De momento se te acabó el andar follando con zorras y tus sucios trapicheos de traficante. Y esto, es solo el principio.

Me marché antes de darle la oportunidad de contestar, tan solo oí a lo lejos aquella bendita tos.

— Deberías dejar el tabaco. —dije justo antes de atravesar la puerta.

Dos-cero.

El tiempo en la cárcel pasaba despacio, muy despacio. Los días eran interminables, era algo que casi había olvidado. Pasó un mes desde que mi enemigo estaba recluido en la enfermería y para mi sorpresa, nadie iba a hacerle compañía, ni siquiera sus matones, supongo que por el miedo al contagio. Aunque así fuera, debo reconocer que me dio algo de lástima. Él me jodió sí, pero una cosa estaba clara, tan solo era un pobre desgraciado que tenía lo que se merecía. De este modo, mi furia hacia él fue mermando, pero no descansaría hasta obtener su perdón, pues ya solo con eso me bastaba y algo me decía que no tardaría mucho en conseguirlo.

Totalmente recuperado, Saito volvió a su vida “normal”. Fui testigo de ver como poco a poco, iba perdiendo el respeto y aquella reputación que antes tenía. Otros tomaron el mando del tráfico, estaba acabado. Aun así, sus matones le seguían como perrillos falderos.

También detecté que estaba más nervioso, fumaba más de la cuenta y continuamente se pasaba la lengua por sus piercings del labio, lo que tomé como un claro síntoma de “hace mucho tiempo que no mojo”, por lo que mi plan había dado resultado. Pero claro, aún no era suficiente, no descansaría hasta conseguir sus disculpas. Así que decidí agravar un poco más ese nerviosismo latente y para ello tenía que acercarme a él para que obrase “mi magia”.

El momento perfecto llegó cuando estábamos en las duchas. No me sorprendió en absoluto la miradita de arriba abajo que me echó sin mucho disimulo. Mi cuerpo perfecto era siempre el blanco de todas las miradas.

— ¿Qué miras?

No me pude resistir a quedarme callado y tenía que conseguir acercar mi mano a su abdomen, con eso bastaba.

— Tus tatuajes —dijo como si nada mientras ya se aplicaba el jabón. Y una mierda los tatuajes, cuando claramente me miró la polla.

— Te noto algo nervioso. No será porque ahora te tienes que dedicar a los “trabajos manuales” ¿no? (y hasta eso te voy a quitar).

De repente me cogió del brazo y me arrastró hacia él. Perfecto.

— Ya estoy harto de tus juegucitos, Matsumura. Corta el rollo, va en serio, chaval.

— Bueno, eso tiene fácil solución. Pide disculpas.

Aproveché ese momento para acercar a su abdomen la mano que tenía libre. Me concentré todo lo que pude en un punto exacto y luego la bajé despacio, la tenía tan cerca de sus huevos que se los podía coger y estrujar, pero lo que tenía en mente era mucho mejor que eso.

— Ni hablar.

— De acuerdo, lo que tú digas tipo duro.

Surtió efecto al instante. Se empalmó de una forma brutal.

— Ten cuidado, “tu amiguito” se ha puesto contento y eso aquí es altamente peligroso.

Los que estaban más cerca nos escucharon y comenzaron a reír con descaro, lo que hizo que Saito estallase en cólera. Joder, la vena de su frente parecía a punto de reventar. Me soltó el brazo y se marchó de allí tapándose con la toalla lo más deprisa que pudo.

Pero aquello no terminó ahí, ah no. Reconozco que soy un cabrón pero él se lo había buscado. Aquel “hechizo” continuaría hasta que yo lo desease, vamos, que ya podía matarse a pajas todo lo que quisiera que no iba a llegar a ninguna parte; y eso siendo todo un hombre, era una putada.

Su nerviosismo crecía de forma exponencial y tuvo alguna que otra trifulca con alguno de los presos. Y por dios santo, se mataba a hacer ejercicio. En el patio casi siempre estaba con las pesas. Pero eso solo le hacía descargar sudor y adrenalina.

Estaba también claro que sabía que aquel calentón permanente era cosa mía, pues cada vez que me miraba lo hacía con odio intensificado, como si le fuesen

a salir rayos azules de los ojos para desintegrarme. Mira que yo me las doy de orgulloso, pero Saito no se quedaba atrás. ¿Tanto le costaba pedir disculpas?

Me estaba cansando, debo admitirlo, no estaba llegando a ninguna parte y eso me cabreaba. A parte de que ya no se me ocurría más putadas que hacerle. Quizás lo que más me decepcionaba es que él nunca tomaba represalias, simplemente se dejaba putear y así no resultaba divertido. Decidí entonces dejarle así para ver cuánto tiempo podía aguantar.

A veces le veía marcharse él solo, y se tiraba demasiado tiempo en los lavabos; madre mía, hasta ya me empezaba a dar lástima. Vale que no me quisiera pedir disculpas pero es que ni siquiera se enfrentaba a mí, ¡no hacía nada! Lo cual me recordó exactamente a mi situación, aquellos días en los que estaba rendido y no tenía ganas de hacer nada. Pero obviamente tampoco quería doblegarme, tenía que repetirme constantemente que aquel bastardo merecía su castigo.

Quería tantearle para ver de qué iba, así que un buen día ya no aguanté más y fui tras él mientras le veía irse de nuevo a los servicios que se encontraban en el patio. La tarde estaba cayendo y dentro de un par de horas nos llamarían para ir a nuestras celdas. Entré y me aseguré de cerrar la puerta. Aparentemente no había nadie pero vi sus pies en la letrina del fondo. Sin hacer mucho ruido me acerqué despacio.

En mi vida me había llevado un susto tan tremendo. El muy bestia dio un golpe tan fuerte a la puerta que la abolló. Está histérico, pensé. Me planté delante de la letrina.

— ¿Y bien? ¿Ya has aprendido la lección?—se me ocurrió preguntar.

Silencio.

Como no hablaba continué.

— Tío en serio, ¿tan difícil te resulta pedir disculpas? Deja ya el maldito orgullo, hombre.

No contestó.

Ahora ya me estaba empezando a preocupar de verdad. Aunque me costaba reconocerlo, ya estaba satisfecho con mi venganza. Me dirigí hacia la puerta dispuesto a largarme, pues aquello había perdido todo el sentido para mí.

—Matsumura.

Me di la vuelta y la letrina se abrió despacio. Él salió para refrescarse la cara y mirarse en el espejo, al hablar no me miró.

— Vaya, ya vamos entrando en razón. Discúlpate.

— No voy a disculparme...

— Anda y que te den. — me di media vuelta.

— No voy a disculparme... porque estoy enamorado de ti.

¡¿Cómo?! ¿Pero qué dice? Le observé de nuevo y le vi apoyado sobre el lavabo, mantenía los ojos cerrados con fuerza. Joder, en ese instante se me quedó una cara de gilipollas integral. Tenía que ser una maldita broma y sin duda era algo que no me esperaba para nada. Solté una risotada.

— ¿Pero qué coño dices? Se te ha ido la olla por completo... Además no sabía que fueras gay.

Resopló mientras se echaba el pelo hacía atrás con ambas manos. Me miró. Si estaba colgado por mí desde luego su fría mirada de ojos azules indicaba todo lo contrario.

— No lo soy.

Ah vale, está montado en cólera porque soy el primer hombre que le gusta. Eso podía explicarlo. Pero aquella declaración hizo que me sintiese fatal, ¿por qué tuvo que decir eso? ¿Por qué sentía eso si me había puteado en el pasado?

La respuesta llegó antes de que preguntase.

— Aquel maldito día en el que entraste en mi despacho para seducirme... — comenzó a decir entre dientes, como si no le gustase admitir lo que decía— Tenía ya cierta admiración pero... ¡Maldita sea!

Sin previo aviso dio otro puñetazo a la letrina con la correspondiente abolladura, alegrándome de que no hiciese lo mismo conmigo.

Joder, que fuerte. Hasta me empezaron a temblar las piernas. Yo solo quería una disculpa y... ¡el tío me sale con una declaración de amor en toda regla!

— Ahora ya lo sabes.

Dicho esto se dispuso a marcharse.

— Espera, ¿por qué no me lo dijiste antes?

Una pausa, abrí la puerta para que pudiese salir.

— Porque merecía el castigo. Ahora ya estamos en paz.

Y se marchó, dejándome allí con cara de haba.

Más tarde en la celda, recordé que aún no había desecho mi última putada, él tenía que seguir con aquel calentón y si fuera yo, ya me habría dado algo. Supongo que dadas las circunstancias, tendría que deshacerlo y no sé por qué me sentí derrotado.

Aquella noche, evidentemente no pude conciliar el sueño y al día siguiente me llevé otra sorpresa. No vi a Saito por ninguna parte y ya a la hora de la comida, me dispuse a comer cuando todo el comedor quedó en silencio. ¿Y ahora qué?, me dije. Al levantar la vista de mi comida, vi a los hombres de Saito, a ambos gemelos, inclinados ante mí con una reverencia. Aquello resultaba extraño pues los tipos no eran japoneses y sin duda su jefe estaba detrás de esto. Una disculpa.

— Vaya, esto sí que es una sorpresa. Sentaos.

Pero no se movían.

— Por favor discúlpanos.

— Sí, sí, joder que os sentéis —madre mía, todo el mundo se había quedado mirando. Pero cuando se sentaron, enfrente mía con sus respectivas bandejas de comida, todo el mundo volvió a lo suyo.

— ¿Dónde está vuestro jefe?

— ¿No lo sabes? —se miraron entre sí, con gesto serio.

— Anoche tuvo una pelea, le partió el brazo a su compañero de celda porque... —dudó y su hermano prosiguió.

—...porque dijo algo chungo de ti.

— ¿El qué? —quise saber.

— Que iba a follarse a la nenaza pelirroja. Le han metido en la celda de aislamiento, tiene una semana de castigo.

— Y antes de eso—continuó el otro— el jefe nos dijo que estuviéramos pendientes de ti, por si... pasaba algo.

Definitivamente no me lo podía creer. Saito me había defendido y encima ahora me daba protección. Mierda, una semana... joder va a estar bien puteado. Bravo Matsumura. —Pensé con sarcasmo—. Observé ahora con interés a los dos tipos que eran exactamente iguales, calvos y enormes, con tatuajes en sus brazos. Utilicé mi poder para asegurarme de que decían la verdad y que estaban arrepentidos, y así parecía ser. Increíble.

— ¿Cómo os llamáis?— parecieron sorprenderse por mi pregunta.

— Este es Arnold, yo soy Bruce.

Me reí.

— Estáis de coña.

— Sí, sí, todo el mundo hace el chiste. Nuestros padres tenían sentido del humor.

Dos nombres que hacían honor a dos estrellas de Hollywood, dos tipos duros.

— ¿Por qué os trincaron?

— Somos ladrones de bancos. —se chocaron los puños.

— Un momento, ¿ladrones? Pero yo pensé que...

Iba a decir “eráis unos malditos violadores”, pero me contuve, realmente se esforzaban ahora por agradar. Entonces Arnold señaló su cuello, que tenía el ancho de un campo de fútbol, y vi unas marcas, ambos las tenían y de pronto lo recordé.

— El collar... —me llevé la mano a mi propio cuello. Por aquellas marcas deduje que ellos los habían llevado durante mucho tiempo. Eso lo explicaba todo.

Menuda situación más rara. Mis enemigos ahora eran mis nuevos amigos y uno de ellos encima me amaba. De repente sentí algo extraño y quería que pasase aquella semana lo antes posible. Y mientras tanto tenía a dos descomunales matones a mi cargo.

— Entonces, ¿estáis aquí para protegerme?

— Eso y que el jefe quiere que estemos bajo tus órdenes. Y así será, ¿verdad hermanito?

— Claro.

Esta sí que es buena, de repente me sentí como el tipo más afortunado de aquella condenada prisión.

Tuve una idea.

—Bien, he aceptado vuestras disculpas pero aun así, tendréis que demostrarme que estáis realmente arrepentidos.

— ¿Qué tenemos que hacer Matsumura?

— Pide lo que quieras.

Madre mía, como estaba disfrutando.

— Seréis mis nuevas mascotas.

Se sorprendieron mucho y parecieron alegrarse incluso.

— Dalo por hecho.

Entorné mis ojos y sonreí con malicia.

— Perfecto.

Al día siguiente, decidí comenzar con la “educación” de mis nuevas mascotas. Aquellos bulldogs eran todo un reto pero sabía que nada se me podía resistir. Era la hora de poner en marcha mis encantos, que muy pronto, darían su fruto.

Tuve que sobornar a un par de guardias para que nos dejaran permanecer un rato más en la lavandería. Fue sencillo. Acabábamos de ayudar con el tema de la colada, algo que francamente me aburría. Cuando todo quedó despejado me acerqué a mis hombres que estaban terminando de doblar unas sábanas. Me resultaba gracioso ver a semejantes tíos haciendo ese tipo de cosas.

— Y bien, ¿quién es el gemelo malo?

Se señalaron entre sí, lo que me hizo reír. No tenían mucha inteligencia pero sí sentido del humor. Parecían personas completamente diferentes a las que había conocido.

Dejé constancia de lo que quería de ellos en cuanto observaron, con cara de asombro, cómo me solté el pelo con esa gracia que me caracteriza. Acto seguido me desprendí de la camiseta y adopté una postura bastante sensual.

— Venid —ordené. —Ah, ah, de rodillas... las mascotas no caminan.

Dicho esto se acercaron hasta mí a cuatro patas, babeando como buenos cachorritos. Me encanta.

Acaricé sus enormes calvas en cuanto se postraron ante mí.

— ¿Vais a ser buenos chicos y me trataréis como merezco?

— Sí, sí.

Sus ojos centelleaban de entusiasmo.

— Eres tan hermoso...

Sonreí y me eché el pelo hacia atrás. Estaba tan caliente que podía fundir el cemento. Hice que se incorporasen y Bruce quedó a mi espalda, quedando Arnold delante. Comenzaron las caricias y besé a uno como jamás en su vida

le habían besado, luego al otro. Sus caras reflejaban excitación contenida, soy un crack.

Cuatro manos masculinas y enormes recorrieron mi cuello, mi largo torso tatuado, mis caderas... Nos fundimos, literalmente. Las manos de Bruce terminaron en mis pezones, que me pellizcó con suavidad, lo que me provocó un grave gemido. Mientras, Arnold descendía sus manos hasta mis caderas, bajó ligeramente mis pantalones. Madre mía, estaba al rojo. No pude evitar tocarme, me sentía arder entre aquellas dos moles. Cuando le ayudé a bajarme más los pantalones, él supo lo que tenía que hacer. Me la tomó entre sus manos y comenzó a lamer despacio.

— Oh, si...

De nuevo besé a Bruce, a mi espalda; nos dimos un buen morreo. Estaba tan cachondo que ya no podía pensar con claridad. Desde luego estaba obteniendo lo que quería y ellos lo hacían francamente bien, coño, como debía hacerse.

Mis jadeos se intensificaban a medida que Arnold me succionaba y lamía con más fervor, como si le fuese la vida en ello. Joder... hacía tiempo que no me sentía así.

Bruce se apretaba más contra mí, dejándome constancia de lo excitado que estaba, así que se la acaricié. Ese hijo de puta la tenía enorme y bien dura. Al hacerlo, comenzó a mordisquearme la oreja y a jadear dentro de mi oído. Brutal.

Luego intercambiaron posiciones, así estuvimos largo rato hasta que ya no supe quién era uno y quién otro. Uno me engullía por delante y el otro comenzó a lamer por detrás, qué fuerte. El que estaba a mi espalda era Arnold, reconocí su voz, algo más grave, cuando se incorporó de nuevo y me susurró en el oído a la vez que me acariciaba el ano con un gran dedo, suavemente en círculos. Me moría de placer.

— No nos extraña... que le gustes tanto al jefe...

Abrí mucho los ojos. Ellos lo sabían, ¿iba en serio? Realmente Saito... Joder, aquello me dejó absolutamente flipado. Y por alguna extraña razón, me sentí aún más excitado de lo que ya de por sí estaba. Hasta que ya no aguanté más.

Me llegó como una puta y bendita descarga eléctrica. Me mordí el labio y mis piernas comenzaron a temblar. Entre los dos me incitaron al máximo, hasta que descargué todo mi contenido sobre ellos, eyaculando ferozmente. Y en aquellos segundos de gloria, en mi mente se visionó aquella imagen, la imagen del que había sido mi torturador. Increíble.

Como los dos se habían portado tan bien y yo quedé plenamente satisfecho, no lo dudé. Realmente mis mascotas habían ganado su premio. Me agaché junto a ellos y les incité con caricias y lamidas profundas hasta que se corrieron, ambos al mismo tiempo. Vaya con los gemelos, que bien compenetrados estaban.

— Madre mía Matsumura... eres demasiado bueno.

— Lo sé. — respondí mientras me relamía los labios.

Aquella semana de pronto se me hizo lenta e infernal, pero peor debería ser para Saito. De repente quería saber cómo estaba, quería verle, maldita sea. También quería deshacer mi particular hechizo, si tan solo pudiera acercarme donde estaba... Pero era tremendamente difícil. Las celdas de castigo estaban en un módulo aparte, a un lado del patio. No había ventanas visibles, solo una gruesa puerta de acero en uno de los extremos donde veía que entraban y salían los guardias de vez en cuando para pasar las raciones de comida.

Allí me encontraba ahora. Disimuladamente paseé a lo largo de aquel muro. Casi a ras del suelo y a cada cierta distancia, había una diminuta rejilla con pequeños barrotes. La pared no era demasiado alta por lo que deduje que las celdas estaban casi bajo tierra y aquellas rejillas podían ser las “ventanas” que quedarían a una altura considerable dentro de las celdas. A la segunda vuelta que me di, para desandar mis pasos, lo vi. Justo al lado de una de las rejillas había una colilla de cigarro. Ahí está, ahora estaba seguro, además podía sentirle. Pero no podía permanecer ahí mucho rato o levantaría sospechas, por lo que me dirigí de nuevo a las gradas, donde se encontraban mis chicos. Se me ocurrió una idea descabellada.

— ¿Tenéis algo con lo que pueda escribir?

— ¿Te sirve esto?

Bruce sacó disimuladamente un lapicero muy pequeño, era perfecto. Afortunadamente, me había guardado una servilleta del comedor. Totalmente decidido fui al lavabo y escribí un mensaje en la misma: “Acércate todo lo que puedas, voy a anularlo”. Con eso bastaba y así lo entendería.

Pasé de nuevo por delante del muro de las celdas ya que pillaba de camino y así no resultaría tan sospechoso. Al llegar a la altura de su celda, me até los cordones de mi zapatilla que previamente había desatado en el servicio. Con gran disimulo colé la servilleta entre los barrotes. Luego me incorporé y apoyé la espalda contra la pared, cruzado de brazos. Por suerte los guardias no miraban, mis chicos sabían de mis buenas intenciones y armaron un pequeño

revuelo para despistarlos. Al cabo de poco, miré al suelo y vi la servilleta, la tapé con un pie y la recogí posteriormente. Vuelta al servicio.

No sé por qué leches me sentía tan nervioso; como si fuese una de esas niñas adolescentes que se pasaban notitas en clase. Desdoblé la servilleta donde estaba mi mensaje. Nada. Le di la vuelta. Tan solo había una palabra escrita, en mayúsculas y rotunda.

“NO”.

Tsk, jodido idiota...

Desde luego se tomaba su castigo demasiado en serio. Pero aquello ya había finalizado hace tiempo, al menos para mí. Además me era ya imposible mostrarme indiferente después de lo que me dijo. Maldita sea Matsumura, no te odies por esto.

No volví a insistir con más mensajitos, dejé que el tiempo pasara, lento y aburrido, hasta que llegó el día. Me enteré que le soltarían por la mañana, por suerte, en las horas de patio. Los guardias hablaban, los presos captaban y los rumores se extendían como la pólvora. Así que allí me personé, con gesto indiferente, sentado en las gradas como siempre hacía pues no podía ni pensar en jugar al baloncesto o hacer otra cosa que no fuese esperar.

La señal me llegó cuando Bruce me dio un leve codazo.

— Ahí está.

Como un resorte me puse en pie y comencé a andar despacio, pasando entre los que jugaban y entre otros corrillos de presos. Todos estaban a lo suyo pero en cuanto me observaron, todos callaron, dejaron lo que hacían y miraron al mismo lugar al que yo me dirigía con paso firme y decidido.

Saito salió custodiado por otros dos guardias. Iba esposado y alzó las manos hasta su rostro en cuanto le dio la luz del día en los ojos. Estaba un poco más pálido y tenía algo de barba.

Has permanecido demasiado tiempo en la oscuridad, al igual que yo.

Los guardias me miraron mientras le sujetaban por ambos brazos; todos lo hacían, pues veían con estupor como me acerqué a él directamente, sin detenerme. No pensé, simplemente actué.

— ¿Pero qué pretenderá hacer? —oí a mi espalda.

Llegué a su altura y él abrió un poco más los ojos y la boca por la impresión.

Le abracé.

Joder, lo hice, allí mismo, sin pensar. Los guardias me separaron de él. Saito se quedó embobado y todos nos miraban en silencio con la boca abierta. Aquello no se lo esperaba nadie, ni siquiera yo mismo, pero así fue porque tenía ganas de hacerlo; y supuso algo más aparte de ganarse de nuevo la reputación que había perdido.

— Estás loco — dijo con una débil sonrisa. Y se lo llevaron para adentro.

Ahora sabía que Saito me amaba, pero... ¿podría yo corresponderle a ese amor? Toda mi cabeza era un puto lío. Dicen que del amor al odio solo hay un paso, supongo que sería lo mismo en ambas direcciones. Es cierto que todo vestigio del odio que sentía hacia él se había desvanecido como el humo, pero de ahí a quererle... Y aquella semana en la que estuvo recluido tenía ganas de verle, le había partido el brazo a un tipo, ¡por mí! No era algo necesario porque si me llego a enterar lo habría hecho yo mismo pero que lo hagan por ti... joder que sensación más rara. No podía pensar con claridad.

Él debía de darse cuenta y a pesar de lo que sentía, actuaba de una forma normal, vamos, porque sé que me lo dijo, sino, no lo aparentaba ni lo más mínimo. Imaginé que quería darme espacio. El amor es cosa de dos.

Fue fácil anular mi “hechizo”, lo hice de nuevo en las duchas pero él no pareció darse cuenta y yo no le dije nada, por lo que supuse que ya podría desfogarse a gusto. Hasta intenté que volviese a tener el régimen que tenía de visitas pero dijo que ni hablar, es más, ¡que incluso le había hecho un favor! Mejor así, esa zorra me ponía nervioso y no se merecía a alguien cómo... un momento Matsumura, ¿estás celoso? Que va, ni de coña. ¿Entonces por qué cojones le sedujiste aquel día? Para anular el hechizo del collar, me dije, oh no... Madre mía, madre mía, ¡qué comida de cabeza!

Bien, ya basta de darle vueltas, actúa normal y sea lo que sea, ya se verá. Pero el destino me habló muy pronto, o más bien me gritó. Aquello sí que fue una clara señal, tenía que serlo. Estaba tan tranquilo, solo en mi celda, cuando de repente uno de los guardias se acercó.

—Enhorabuena—dijo mientras abría la cerradura— Ya no vas a estar solo.

Se apartó y de repente le vi, con sus pertenencias en los brazos. Mi nuevo compañero de celda.

Alucinante. Menuda prueba.

Saito me lanzó su mirada de absoluta y seria neutralidad, a la par que se marchaba el guardia.

— ¿En qué litera duermes?

Señalé con el dedo mi cama incapaz aún de abrir la boca. Él puso sus cosas en la litera de abajo sin cuestionar y se tumbó en la misma como si nada, pero sabía que yo aguardaba una respuesta. Habló sin mirarme.

— Después de mi pelea han decidido asignarme aquí. Era lo mejor porque si llego a permanecer más tiempo con ese gilipollas le habría destrozado todos los huesos. Pero no creí que me fueran a poner contigo.

— Qué casualidad —se me ocurrió decir. No sabía de qué hablar con él así que se lo dije. —Anulé tu hechizo, supongo que ya te habrás dado cuenta.

Ahora se incorporó y se quedó sentado.

— La verdad es que... no.

Flipé.

— Mira, sé lo que sientes, ya todo está olvidado así que por favor, no te sigas castigando ¿de acuerdo? Estamos en paz, como dijiste.

Él se puso en pie y se despojó de la camiseta. Estaba tremendamente bueno pero no eran sus músculos lo que quería mostrarme, sino sus cicatrices.

— Créeme, no quiero más castigos, ni tampoco compasión. Te hice mucho daño y no puedo pretender que ahora tú... en fin, no importa.

Pero no es la compasión lo que hace que tu corazón de repente te lata a mil por hora. No fue la compasión lo que me hizo actuar como lo hice a continuación. Me abalancé sobre él para besarle directamente en los labios. Le pillé tan desprevenido que se fue hacia atrás quedando apoyado en la pared. Me sujetó fuerte del pelo y tiró de él para separarme.

— ¿Qué coño estás haciendo?

— Improvisar —me oí decir a la par que nos besábamos de nuevo, más intensamente, hasta que entrelazamos nuestras lenguas.

Besaba de puta madre.

Sentí que me ardían las mejillas y eso era algo que no me solía pasar. Mientras nos abrazábamos me llevó a la pared contraria y comenzó lamer mi oreja, jadeante, ansioso.

— Eres condenadamente hermoso para ser un maldito hombre. —susurró con voz grave.

— No te contengas, por favor... —me oí decir, madre mía cómo lo deseaba. Tomó mi mano y me la plantó en su enorme polla, que estaba dura y al rojo

vivo. Teniendo en cuenta todo el tiempo que había pasado, no tardaría mucho en correrse. Terminamos de despojarnos de toda la ropa.

Le amaba. No se lo dije con palabras pero sí se lo demostré cómo solo yo, Dayu Matsumura, podía demostrarlo.

Recorrí con mis manos aquellos pectorales trabajados y descendí por su abdomen para finalmente engullirle. Se la chupé como estoy seguro aquella fulana rubia no lo había hecho en toda su maldita vida. Él me sujetaba el pelo y jadeaba como una fiera. No quería hacerle esperar pues sabía que no aguantaría y efectivamente no me equivoqué. Sentí como se convulsionaba e intentó separarse. No le dejé. Tragué todo lo que había estado conteniendo, dejando que aquel néctar amargo y caliente se deslizase ahora por mi garganta. Delicioso.

Me puse en pie, él jadeaba y yo me relamí la comisura de los labios con el dedo. Él puso una mueca extraña, pero terminó sonriendo.

— Vaya con la *princesita*, no tiene escrúpulos... —se acercó a mí— Me encanta.

Solté una de mis risotadas ante tal comentario y sobre todo por cómo se refirió a mí, pues de princesita no tenía absolutamente nada pero eso era lo que menos me importaba en aquel momento. Le seguí el juego. Quería, no... necesitaba tenerlo dentro de mí.

— ¿Te follarías a una princesa como yo?

— No, a ti te haría el amor.

Toma golpe. Eso me recordó algo. No obstante, no le hice esperar, nos miramos. Me mojé los labios en un claro gesto de provocación. Él me dio la vuelta y me abrazó por la espalda, haciéndome constar lo excitado que estaba. Aún no estaba satisfecho y evidentemente, yo tampoco.

Se notaba que jamás lo había hecho con un tío, le costó un poco atinar. Pero cuando lo sentí dentro mí, tuve que sujetarme con fuerza al lavabo. Madre mía, me empezó a embestir despacio, demasiado despacio, tanto que creí morir en una placentera agonía. Sus grandes manos recorrieron mi torso tatuado y me pellizcó ambos pezones.

— Ah...

Luego tiró de mí hacia atrás y me levantó del suelo. Increíble, teniendo en cuenta que era algo más bajo que yo, aunque eso sí, mucho más corpulento, con eso me demostró la gran fuerza que tenía. Me sostenía por las piernas y continuó embistiéndome de pie. Joder, que bestia. Hasta me chorreaba la saliva por la comisura de los labios, sin control.

— Ah... Saito...

Dije su nombre y eso sin duda lo excitó más, porque fue una llamada a la locura, una invitación al sexo más salvaje que jamás había tenido.

Sin darme apenas cuenta, habíamos cambiado la posición. Ahora le tenía de frente y sentí la fría pared en mi espalda. Seguía embistiéndome, ahora más rápido, de pie. Mis piernas rodeaban sus increíbles caderas. Nos mirábamos y en su mirada había furia, pasión, amor... Nos besamos de nuevo. Mis manos se enzarzaron en aquella melena negra que parecía más la de un león hambriento.

Nos ladeamos un poco y me aferré así a las barras de mi cama. Apoyé un pie en el lavabo y él siguió penetrándome, devorándome con su fría mirada de ojos azules. Al estar más sujeto, él tan solo me rodeó la cintura con un brazo y con la otra mano tomó mi verga, que estaba más dura que el barrote que sujetaba, para acariciarla. Iba a explotar. Él lo sabía y me sujetó aún más fuerte.

Nos corrimos a la vez en un brutal orgasmo que me hizo estallar en mil pedazos. Bestial.

Silbidos y vítores en las celdas aledañas, evidentemente nos habían escuchado, pero me daba igual, ya todo me importaba una mierda, sólo me importaba él. Odio, amor... ¿qué diferencia hay?